



Dos caras de lo que en apariencia es lo mismo: debate entre Sartre y Camus

Lucas Mayer
Facultad de Filosofía
Universidad Nacional de General Sarmiento
Buenos Aires, Argentina
lucasmayer25@hotmail.com

Resumen:

Este artículo entra de lleno en el corazón de la relación que entablaron Jean Paul Sartre y Albert Camus. Esta comienza y acaba en el término de casi 10 años, con un final por poco cinematográfico. Es la obra de Albert Camus *El Hombre rebelde* la que será motivo, entre otras cosas, de la ruptura insalvable entre estos dos pensadores. El intercambio epistolar, recogido en este trabajo, nos dejará percibir no solo las posiciones personales de cada uno y sus diferencias, sino también cómo eran recogidos algunos temas claves para entender este siglo tan convulsionado. Es un debate rico en cuestiones políticas y sobre todo en consecuencias éticas. En resumen es una invitación a la reflexión actual sobre problemas que se presentan dentro de la izquierda misma y nos exige poner en cuestión.

Abstract:

This article plunges into the friendship that existed between Jean Paul Sartre and Albert Camus; this companionship lasted approximately 10 years before concluding in a nearly dramatic way. The main reason, among others, of the inevitable viewpoint differences between these philosophers is Albert Camus' work, L'Homme révolté. Not only does the collected epistolary exchange make us aware of their viewpoints and their differences, but also the way in which some central issues useful to understand this hectic century were

received. It is a rich debate about political matters, though, not so much as it is in ethical consequences. To sum up, this is an invitation to the current deliberation about existing problems within the Left-wing Party, which call us into question.

El debate intelectual en la Francia del siglo XX fue agitado y candente. Así suscitó que se estrechen amistades fuertes, relaciones memorables y activismo político, pero también disputas y enemistades muy profundas. Sin duda quien trate de recorrer estas memorias, no puede evitar detenerse en un vínculo entre dos personajes muy significativos e importantes de la época. Estamos hablando de la relación que entablaron Jean Paul Sartre y Albert Camus. Esta comienza y acaba en el término de casi 10 años, con un final por poco cinematográfico. Es la obra de Albert Camus *El Hombre rebelde* la que será motivo entre otras cosas de la ruptura insalvable entre estos dos pensadores.

Ambos se enviaron cartas que fueron publicadas en la década del 50 del siglo pasado en *Les Temps Modernes*, revista que dirigía Sartre. Estas cartas nos dejarán percibir, no solo las posiciones personales de cada uno y sus diferencias, sino también cómo eran recepcionados algunos temas claves para entender este siglo tan convulsionado. Ellas no evidencian un carácter literario en dicha disputa, más bien se aprecia con toda claridad que tienen lugar por el choque de las concepciones que ambos pensadores tenían. Rigurosamente hablando, tiene que ver más con un carácter ideológico de los intelectuales que con aspectos artísticos o literarios.

El primer encuentro —según Simone de Beauvoir— fue en el estreno de la obra de Sartre *Las Moscas*. Camus se encontraba en Francia debido a la ocupación nazi, este caminó hasta Sartre y se presentó él mismo. Para entonces ya Camus era una figura pública, Sartre, por su parte, ya era conocido tanto por producciones literarias como por su activismo político.

Tanto Camus como Sartre eran militantes de izquierda, pero el fin de la Segunda Guerra Mundial los colocó en lados opuestos de lo que en apariencia era lo mismo. Sartre creía en el modelo socialista y consideraba que el proyecto era moralmente superior al capitalismo.

Por su lado, Camus creía que la existencia de estas condiciones convertía al socialismo en un sistema tan condenable como el sistema explotador capitalista.

La discordia se inicia con la aparición de *El hombre rebelde*, ensayo en el que Camus trata de localizar algunas de las antinomias filosóficas, que, a su entender, desempeñaron un papel decisivo en el proceso de transmutar el idealismo revolucionario. Es a la naturaleza radicalmente nihilista de dicha dinámica a la que cabe atribuir, a juicio de Camus, el surgimiento de regímenes que, en nombre del proyecto emancipatorio, acaban por asentarse en la represión social y política más despiadada.

Un proyecto animado por una intención semejante podía ser objeto de reconocimiento entre los sectores de la izquierda anti estalinista, pero no entre ambientes cercanos al Partido Comunista o aquellos que pensaban que cualquier perspectiva que abordara críticamente la situación existente redundaría necesariamente en un apoyo indiscriminado a la barbarie imperialista. Esta coyuntura explica, en buena parte, la incomodidad con la que *El hombre rebelde* fue recibido por los redactores de *Les Temps Modernes*.

Conviene no perder de vista que pese a ser una publicación situada en el ámbito de la izquierda, su director Sartre, en el momento mismo en que se produjo el enfrentamiento con Camus, se disponía a iniciar una etapa de aproximación al Partido Comunista Francés, organización marcada en la época por una dogmática de cuño claramente stalinista. La reseña del libro fue confiada a Francis Jeanson y apareció en el número de mayo de 1952 de dicha publicación, y con él quedó abierta la polémica.

La Obra

Camus, rechaza la revolución histórica fundándose en el hecho de que la historia, a partir de la muerte de Luis XVI, con la cual arranca nuestro tiempo, nos ha dado solo malas lecciones. Considerando que lo que hace la revolución es no es asesinar a un rey, sino al opositor insalvable del pueblo. Luis es presentado como el opositor irreconciliable al que lo único que le queda por hacer es morir. Este crimen es proclamado con una eficacia inusitada y reconocida como un logro del pueblo francés, que en palabras del autor resulta vergonzoso.

Según Camus, en el ideario de la revolución francesa subyace la idea de Bruto, que tiene que matar a alguien porque de otra manera se mata a sí mismo. Debe matar para corregir, para subsanar, para ser efectivo. Pero este principio se agota, ya que no se puede matarlos a todos, entonces la revolución queda atrapada entre el aniquilamiento de los otros y la destrucción de sus propias bases.

El terror en el que la revolución francesa se convirtió, es lo que la diferencia de una rebelión, ya que esto último no comporta un acto violento, ni mucho menos un régimen de terror como el que protagonizó este proceso revolucionario. Por tanto para Camus, el terror es el instante en que la rebelión se separa sus raíces y se priva de toda moral concreta.

El autor encuentra una estrecha relación entre los revolucionarios del 89 y los que él llama “regicidas del siglo XX”, ya que en ambos casos el nihilismo y el terror quedan justificados, aunque por medios diferentes. Uno porque funda sus valores en la historia y la otra porque se identifica absolutamente con ella. De esta manera, Hegel y Saint-Just serían los motores ideológicos que le darían soporte a ambas revoluciones. Por un lado, la idea hegeliana de la historia, la dialéctica del amo y el esclavo, y por otro a Saint Just el discípulo de Rousseau, que dió inicio como ideólogo a la larga cadena de crímenes del régimen revolucionario francés. Es de esta manera como establece un puente entre el 89 francés y los movimientos revolucionarios del siglo XX.

Queda definido para Camus el bagaje ideológico de la revolución rusa. Por un lado, la idea de la historia hegeliana se presenta como la esperanza de liberación en el fin de los tiempos, un momento de emancipación y un período histórico en el que se redime a la humanidad. Pero es esto lo que funda la conciencia de que toda moral es provisoria y el único axioma que hay que seguir. Seguido a esto, pone de relieve la polarización que genera la apropiación de la idea de la “dialéctica del amo y el esclavo”, ya que esto instaura una valorización de la venganza y la muerte. En consecuencia, nuestra contemporaneidad puede ser concebida como la época del crimen lógico, es decir, la época del crimen justificado por la fidelidad a una doctrina.

Camus entiende que si se lee al pie de la letra a Hegel se corre el riesgo de caer en una trampa, ya que su concepción de la historia nos sitúa en dos polos opuestos: o bien 1) suprimimos toda afirmación, ya que será solo la historia la que puede develarnos los hechos verdaderos, o bien 2) afirmamos todo lo que la historia nos muestra. Concluye que una

rebeldía legítima no puede comprometerse verdaderamente con las perversiones de pensamientos como este. Entonces, se debe encontrar el camino de una síntesis que ilumine el drama de nuestra época.

Camus, indagando en los principios más elementales de la doctrina, se pregunta ¿Por qué se decepcionan los revolucionarios? ¿Qué es lo que hace que se deslice desde una serie de reclamos legítimos hacia el terror de estado o los crímenes justificados?

Primeramente coloca en el centro de este descontento a “la profecía fallida”, e identifica algunos puntos claves de la teoría marxista que contendrían desaciertos. Estas concepciones de la historia preveían cientos de acontecimientos y un momento en donde ella culminaría en una síntesis liberadora, pero los acontecimientos y los hechos se olvidaron de colocarse detrás de la síntesis, de manera que hubo que colocarlos a la fuerza. De esta forma los revolucionarios identificaron permanentemente señales de este porvenir providencial, pero esto mismo mostraría lo engañoso e imperfecto de la predicción. Aquí es donde el autor reconoce que se desata la ira y la sed de venganza incontenibles propios del momento revolucionario. Ya que al no cumplirse esta profecía marxista, los empujaría a la rabia y el odio más profundos. Este odio y esta rabia contenida por la no consumación de la predicción, avivaría la idea de que habría que consumir las revelaciones históricas por otros medios.

1917 se convertía en lo que Marx había prometido. Los marxistas de la revolución habían creído estar en las puertas del cielo, aunque esta revolución debía ser completada por la revolución occidental, pero por esos años el movimiento revolucionario alemán es aplastado, fracasa la huelga general francesa y el movimiento revolucionario italiano es degollado. Entretanto, Liebknecht y Rosa Luxemburgo son asesinados y Alemania se precipita hacia la servidumbre. Después de esto queda sola la revolución rusa, viviente contra su propio sistema, todavía lejos de las puertas del cielo y con un apocalipsis que organizar.

Para Camus son fundamentalmente dos de los postulados marxistas más importantes los que demostrarán que la teoría marxista admite muchas correcciones, o cuanto menos resiste cierto revisionismo, que los revolucionarios del 17 no estaban dispuestos a aceptar. Por un lado, la acumulación de capital y por el otro el crecimiento desmedido de la clase proletaria.

El primer postulado marxista que se refiere a la acumulación de capital es fallido. Ya que lo que muestra la historia, inversamente a lo esperado por los revolucionarios, es que finalmente no se completa tal acumulación, más bien lo que aparece es una diversificación de la pequeña empresa que comienza a ser funcional a otra más grande y así sucesivamente. Esto genera una red compleja de negociaciones e interdependencias que eran difíciles de imaginar en la Inglaterra fabril. Esta nueva categoría tiene como última preocupación la estimulación de las huelgas.

El otro postulado, el referente al incremento de la clase propietaria y su posterior degradación, habría sido predicho de manera incorrecta por Marx. Ya que el sindicalismo ha obtenido mejoras crecientes de las condiciones de trabajo y la calidad de vida, que permitirían que cada nueva generación viviera en condiciones más favorables que la de sus padres. Otro factor influyente fue el desarrollo de la técnica, que impactó en las condiciones de producción y estimularon considerablemente el crecimiento de la clase media, una clase media de trabajadores nuevos, la clase de los técnicos. Así Lenin, habría esperado en vano el sueño del peón-ingeniero.

Para Camus este sueño revolucionario encontró sus límites en la no concreción histórica, y convirtió el horizonte de la liberación en una divinización. El materialismo se apoya en la fe, más que en las condiciones históricas reales, convirtiéndose en una utopía religiosa que fuerza el devenir de los acontecimientos en pos del fin de la historia. Finalmente, el legado de la revolución y el siglo de las luces, termina en la Europa del toque de queda. De esta manera, las políticas represivas y violentas del sistema político ruso y sus campos de concentración, realizaron el paso del gobierno de las personas a la administración de las cosas.

Camus se despacha contra la tradición revolucionaria acusándola de no haber hecho nada por la situación obrera, en su lugar llevó a los trabajadores a la extrema miseria, esperando que fuera esta la generadora de una nueva conciencia y una nueva revolución. Lejos de esto, la miseria no ha dejado de ser lo que era antes de Marx, y que él no quería que fuera: un factor de servidumbre, no de revolución. Además, las condiciones de opresión exigidas como paso previo para la revolución socialista, terminan generando las condiciones necesarias para el desarrollo del fascismo más devastador.

En nada se parecen una revolución violenta a una rebelión que pretende manifestaciones genuinas del hombre y su incapacidad de superar las contradicciones a las que el dios lo deja librado. En la revolución, más bien aparece una sed de sangre y una ambición desmedida, la cual se funda en el terror y se desliza hacia el apocalipsis. En consecuencia, la misión del ejército de proletarios al que la vanguardia dirigiría no se ha encarnado en una realidad histórica. El gran error del marxismo para Camus, fue pensar que la miseria llevaría al desarrollo de una conciencia y una madurez política.

Ante esta imposibilidad histórica de generar las condiciones necesarias para que la revolución socialista se lleve adelante, los revolucionarios deciden apurar las circunstancias, otorgando la misión a un puñado de doctrinarios que ahogarían en sangre a la tradición revolucionaria, llevando al pueblo ruso a la miseria más absoluta, la violencia y la esclavitud.

La reseña

Fue encomendada a F. Jeanson la reseña del libro de Camus *El hombre rebelde*. Esta tenía la pretensión bien lograda de desacreditar las ideas que Camus desplegaba en relación al momento actual de la izquierda revolucionaria. Después de un párrafo extenso, plagado de elogios al libro, Jeanson introduce la primera pregunta y deja entrever cuál será la intención y la posición que tomará en adelante.

Haciendo referencia a la aceptación que la obra tiene, tanto en sectores de izquierda como de derecha, se pregunta ¿Qué extraña virtud del libro ha podido hacer que tan distintas mentalidades hayan tenido ocasión de alegrarse tan ampliamente? Esbozando una respuesta a esta pregunta sugiere burlescamente que quizás ha encontrado Camus la fuente de las reivindicaciones humanas más comunes. O posiblemente el libro cuenta con una ambigüedad tal que sus reflexiones son tan maleables y múltiples que pueden adaptarse a diferentes posiciones.

El reseñador se desliza hacia la segunda alternativa, y lo tilda de tibio y moderado, en donde su protesta tiene más valoración literaria que ideológica. Se refiere al autor como un escritor que mide serenamente su rebelión y dice que finalmente Camus protesta, pero con una protesta bella, suave y acorde consigo misma.

Recorriendo su obra, Jeanson recoge fragmentos de *La peste* y de *El extranjero*. Hace diferentes consideraciones, por supuesto negativas aunque moderadas y concluye que

Camus ya en *La peste* quiere presentar la situación actual de la política Europea en términos comparativos, en donde Orán sería toda la humanidad y la enfermedad del mal un absoluto que pesa sobre las conciencias. Hasta aquí una relación posible. Pero Jeanson avanza un paso más y declara que esta relación que Camus quiere establecer es inadmisibile. Entonces, acusa a Camus de elevarse sobre los acontecimientos en su relato, situándose cómodamente en la posición de un observador que está a salvo y que relata el dramatismo de los hechos. El relator de la peste, para Jeanson, contempla desde lo alto la realidad humana y es por esto que la realidad de los seres concretos le resulta vana y absurda. Esta es la contradicción de Camus, un espíritu mediterráneo que se calienta al sol de las playas a pura luz del mediodía, pero que pretende tener la experiencia de los sufrimientos humanos. Dice el reseñador que Camus no busca las razones históricas o económicas que impulsan los movimientos revolucionarios, sino que parte de supuestos que no discute y que le ofrecen una base teórica desde donde atacar a los movimientos revolucionarios y más precisamente al stalinismo.

Camus se limita a buscar factores puramente metafísicos en las revoluciones, dejando de lado móviles de mucha importancia como son por ejemplo: económicos o históricos. Jeanson encuentra allí una desvalorización y una disminución de dichos factores. De esta manera lo acusa de reducir el marxismo a móviles exclusivamente económicos, así esconde y silencia lo esencial del fenómeno revolucionario: las circunstancias en las que surge, su marcha efectiva y los comportamientos humanos que la constituyen.

Jeanson recarga con otro ataque al pensamiento de Camus, en uno de los aspectos centrales del libro: la relación entre la revolución francesa y la revolución rusa. Para el reseñador, Camus se equivoca en encontrar relaciones en los hechos, establecer causas y efectos en periodos que no se corresponden completamente, porque de esta manera se cae en la simplificación de ver en el despliegue histórico una mera seguidilla de hechos sin significación ni sentido.

En referencia a la "rebelión metafísica" expresa que este moderamiento de la protesta inhibe al actuar, ya que si esta rebelión es la condición incomprendible e irremediable de la existencia, esta condenada desde el inicio a no poder ser llevada a cabo. Jeanson le objeta esto a Camus, y dice que una revolución como la que tuvo lugar en Europa del siglo XX no

se podía realizar sin tener que pagar algún precio, y el reseñador considera que es preferible este costo a tener que contentarse con ese sol de mediodía, cómodo y apacible.

Las cartas

Camus no tarda en contestar esta reseña, pero dirigida, no a Jeanson sino a *Monsieur le Directeur* (es decir, a Sartre). Para empezar le reprocha un supuesto que recorre la reseña de Jeanson: quien no es marxista es de derecha o, por lo menos, hacia ella se dirige. Lo considera una constante tergiversación de sus argumentos, particularmente, en lo relativo a temas tan importantes para él como la historia y el nihilismo, y rechaza el intento de adscribirlo, con base en referencias a Hegel y Marx, al idealismo.

Critica, también, que Jeanson no se ocupara de cuestiones que son centrales en *El hombre rebelde*; por ejemplo, si existe o no una profecía marxista y si los hechos acumulados hasta ese momento han contradicho o no esa profecía. Más importante es el hecho de que Jeanson, como Camus señala, haya pasado por alto las implicaciones políticas del socialismo autoritario; más concretamente sobre los campos de concentración que existían en Rusia.

En referencia a la acusación de que no puede ver más que factores metafísicos en las revoluciones, olvidando los móviles económicos e históricos, Camus contesta que es obvio que las condiciones materiales influyen de manera considerable en la génesis de las revoluciones, y que haga hincapié en cuestiones metafísicas no significa que desestime o niegue otro tipo de factores. Por el contrario, no es ni tan tonto, ni tan iluso para eso, simplemente que con *El hombre rebelde* emprendió otro camino: el del estudio de los aspectos ideológicos de las revoluciones.

Por otro lado, Camus se defiende enérgicamente diciendo que él no niega la historia, sino que no la considera la fuente de todos los valores y principios, que no reconoce en ella la posibilidad de una síntesis superadora que resuelva las contradicciones humanas.

Independientemente de toda explicación, Camus cree que esto es inútil ya que “Su colaborador”, como llama Camus a Jeanson, da la impresión de alguien que no quiere oír, porque lo esencial de su artículo redundaba en la discusión contra una posición que no es la de Camus, y que tales proceder son indignos. Ya que un crítico leal y sagaz en vez de ridiculizar una tesis imaginaria, hubiera confrontado con la verdadera.

La respuesta de Sartre es aún más extensa que la carta de Camus. Su inicio define el tono que va a utilizar, cuando Sartre le dice a Camus que su amistad no era cosa fácil, pero ha de lamentarla. Sostiene que se ha convertido en un contrarrevolucionario.

Por otro lado, ataca la pretensión de Camus de apoyar sus convicciones en sus experiencias en la pobreza, diciendo que puede ser que él haya sido pobre, pero ya no lo es más, ahora es un burgués, como Jeanson y como él. La pobreza que alguna vez vivió, no le da derecho a hablar en nombre de ella. Sartre también le recrimina a Camus el hecho de que haya dirigido su carta a él y no a Jeanson, algo que le parece inaceptable desde diversos puntos de vista y se pregunta quién le da derecho a él a simular una superioridad sobre Jeanson, que nadie le reconoce. Enseguida, se refiere a la “incompetencia filosófica” de Camus y a su tendencia a reunir apresuradamente conocimiento de segunda mano.

En cuanto a los campos soviéticos, replica que su revista se ha referido abiertamente a estos campos y que si bien éstos pueden molestar profundamente a los miembros de *Les temps modernes*, él no encuentra razón para avergonzarse a causa de ellos. Los campos pueden ser inadmisibles, dice Sartre, pero igualmente inadmisible le parece el uso que la prensa burguesa hace de ellos todos los días.

Ante la ausencia de una postura que considere consistente respecto a los proletarios del mundo y a los gobiernos europeos, Sartre recurre una vez más a la burla y se sugiere solamente una solución para él: las Islas Galápagos.

En este mismo tono, le recomienda a Camus, que mejor no recurra a *El ser y la nada* (el célebre tratado filosófico de Sartre), pues su lectura le resultaría una tarea “inútilmente ardua”. La respuesta de Sartre sigue en esta línea, muy personal, remarcando lo que alguna vez fue Camus, pero que, según Sartre, el autor de *El extranjero* dejó de ser. En la parte final de su respuesta, Sartre crítica la visión un tanto ingenua en que Camus concibe la historia y la supuesta posibilidad que tienen los hombres para entrar o salir de ella y para encontrarle un significado; el significado, afirma Sartre, se lo tiene que dar cada quien con sus acciones. En referencia a la historia, Sartre dice que el problema no es conocer su finalidad, sino darle una.

En la última oración de su respuesta, Sartre deja abiertas las puertas de su revista para que Camus conteste, pero le adelanta que él ya no replicará y termina afirmando que se rehúsa a

pelear con Camus y espera que tal vez el silencio de ambos logre que la polémica entre ellos sea olvidada.

Reflexiones finales

El marco histórico y la situación política, obligaba a no poder sustraerse de la realidad de su época. Tomar posición en temas como el stalinismo, la guerra fría, los campos de concentración y las concepciones de la historia, no solo tenía consecuencias ideológicas e intelectuales, sino que de alguna manera los alineaba o los alejaba de diferentes regímenes políticos que tenían y tuvieron consecuencias devastadoras para la humanidad. Cabría preguntarse si cambiar las condiciones históricas implica necesariamente una ruptura con los órdenes establecidos a partir de la violencia, o por el contrario puede llevarse a cabo una transición gradual de mejoras considerables sin el terror.

Sostengo que en la época actual es muy rico el debate sobre estas cuestiones políticas, y sus consecuencias éticas. Ya que, desde una y desde otra posición se pueden habilitar diferentes regímenes. Es por esto que la disputa es en cierta medida actual. El objetivo es que a partir de la reconstrucción de esta querrela intelectual podamos rescatar la riqueza del debate, captar las posiciones políticas, ideológicas y éticas respecto de estos temas, como también comprender de qué manera los temas en boga exigían a la intelectualidad mundial tomar alguna posición al respecto.

En resumen es una invitación a la reflexión actual sobre problemas que se presentan dentro de la izquierda misma y nos exigen ponerlos en cuestión. Sobre todo entendiendo que no es un problema estrictamente europeo, y que las voces que allí se proclaman resuenan en el nuevo mundo, sino que esta controversia interpela fuertemente a la intelectualidad latinoamericana para pensar cuales son los caminos alternativos para avanzar sobre reivindicaciones sociales y nuevos cauces de negociación a las demandas.

Correspondería preguntarnos si hay lugar en este nuevo escenario histórico para las izquierdas más radicales, o conforme a los avances de políticas democratizadoras no deben ceder a algunos puntos de apoyo de la doctrina en favor de acuerdos justos y beneficiosos, manteniendo así un espíritu de conciliación.

Bibliografía:

- Camus, A. (1999). Carta a Jean Paul Sartre . *La polémica Sartre-Camus* .
- Camus, A. (2003). *El hombre rebelde*. Buenos Aires: Losada.
- Jeanson, F. (1999). Albert Camus o el alma rebelde. *La polémica Sartre-Camus* .
- Sartre, J. P. (1985). La explicación de "L'Étranger". Madrid: Alianza.
- Sartre, J. P. (1999). Respuesta a Albert Camus. *La polémica Sartre-Camus* .

La relación y algunos aspectos biográficos fueron reconstruidos a partir de las siguientes fuentes:

- Dirección de investigaciones y proyectos de la universidad del Norte. (2007) *¿Todavía se puede preguntar por qué se pelearon Camus y Sartre? Revista Eidos, N° 7, pág. 160-171*
- Aronson, R. (2006). *Camus Sartre: la historia de una amistad y una disputa que e puso fin*. publicacions universitat de Valencia.
- *Polemica Sarte-Camus. (1964) colecciones el escarabajo de oro*. Buenos Aires:Davalos-Hernandez (intrucción)